

te revolucionario. Componíanle los llamados Vangeois, gran vicario; Debessé, de la Drome; Guillermo, profesor en Caén; Simón, periodista en Strasburgo, y Gailissot de Langres. A estos individuos se agregaron muy pronto Carra, Gorsas, Fournier el americano, Wésterman, Kienlin de Strasburgo, Santerre, Alejandro, comandante del arrabal de San Marcelo; un polaco llamado Lazouski, capitán de artillería en el batallón de San Marcelo; un ex constituyente, Antonio de Metz, y dos electores, Lagrey y Garin. A poco se reunieron á éstos Manuel, Camilo Desmoulins y Dantón, quienes ejercieron la mayor influencia. Habiendo entrado en tratos con Barbaroux, éste prometió la cooperación de sus marseleses, cuya llegada se esperaba impacientemente. Obtúvose también del corregidor Petión la seguridad de no oponerse al movimiento revolucionario, ofreciéndosele en cambio cercar su casa y tenerle en ella como arrestado, para que apareciese que su inacción era debida á una violencia, dado caso que la empresa no obtuviese buen éxito. El plan definitivamente convenido fué el de dirigirse todos armados á palacio para depouer al rey; pero era preciso que el pueblo se pusiera en movimiento, y necesitábase una circunstancia extraordinaria para conseguirlo. Buscábase cómo producirla, y se hablaba de ello en los jacobinos; el diputado Chabot, disertando con toda la fogosidad de su carácter sobre la necesidad de adoptar una gran resolución, decía que para determinarla sería conveniente que la corte atentase contra la vida de un diputado. Grangeneuve, hombre de mediano talento, pero generoso, diputado también, y que escuchaba el discurso, llama á Chabot aparte y le dice: «Tenéis razón; es preciso que un diputado perezca, pero la corte es demasiado hábil para proporcionarnos tan buena ocasión; es preciso proveer de otro modo, y matarme á mí cuanto antes en los alrededores de palacio. Guardad el secreto y preparad los medios.» Entusiasmado Chabot, ofrécele compartir su suerte, y Grangeneuve acepta, diciéndole que dos muertos producirán más efecto que uno. Convenidos en el día y en la hora y en los medios de poner fin á su vida *sin estropearse*, como ellos decían, sepáranse resueltos á inmolarse para el mejor éxito de la causa común. Grangeneuve, resuelto á cumplir su palabra, arregla sus asuntos domésticos, y á las diez y media de la noche se dirige al punto de la cita. Chabot no estaba, y como tardase en llegar, cree Grangeneuve que ha mudado de parecer, mas espera que por lo menos será él inmolado. Va y viene varias veces, esperando á cada momento el golpe mortal; pero se ve en la precisión de volver sano y salvo, sin tener el gusto de sacrificarse por una calumnia.

Esperábase, pues, impacientemente la ocasión, que no se presentaba, y se acusaban unos á otros de falta de energía, de habilidad y unión.

Los diputados girondinos, el corregidor Petión, todos los hombres, en fin, que se hallaban más en evidencia, y que en la tribuna ó en el desempeño de sus cargos debían hablar el lenguaje de la ley, se retraían siempre más, condenando las continuas agitaciones que les comprometían sin dar resultado alguno. Quejábanse de que los agitadores subalternos apurasen sus fuerzas en movimientos parciales é inútiles, que exponían al pueblo sin producir un acontecimiento decisivo; mientras

que aquellos que hacían en sus círculos cuanto podían, censuraban á los diputados y al corregidor Petión por sus discursos públicos, acusándoles de contener la energía del pueblo. Así, pues, los diputados culpaban á la multitud de no estar organizada, y ésta se quejaba á ellos de no estarlo. Experimentaban sobre todo la necesidad de tener un jefe; todos gritaban: «Hace falta un hombre;» pero ¿á quién se elegiría? No se hallaba ninguno entre los diputados, pues todos eran más oradores que conspiradores, prescindiendo de que su elevación y su género de vida les alejaba mucho de la multitud que era preciso dirigir. Esto sucedía con Roland, Serván, y todos esos hombres cuyo valor no era dudoso, pero que por su rango estaban muy sobre el pueblo. Petión habría podido comunicarse fácilmente con la multitud, gracias á sus funciones; pero el corregidor era un hombre de carácter frío, impassible, más capaz de arrostrar la muerte que de obrar. Tenía por sistema contener las pequeñas agitaciones en provecho de una insurrección decisiva; pero en rigor contrariaba los movimientos de cada día, perdiendo toda su influencia entre los agitadores, á quienes paralizaba sin dominarlos. Necesitábase un jefe que, sin ser un hombre del pueblo, no dejara de tener autoridad sobre él, y que poseyese además el don de persuadir.

Los clubs, las secciones y los diarios revolucionarios estaban convertidos en una verdadera liza, en la cual se habían distinguido muchos hombres, pero sin que ninguno adquiriese una marcada superioridad. Camilo Desmoulins se había dado á conocer por su facilidad en el decir, su cinismo, su audacia y sus rápidos ataques contra los hombres que parecían detenerse en la carrera revolucionaria; era conocido de las últimas clases; pero no tenía los pulmones de un orador popular, ni la actividad y predominio de un jefe de partido.

Otro periodista había adquirido una espantosa celebridad: era Marat, conocido con el nombre de *Amigo del pueblo*, y que por sus excitaciones á la muerte y al asesinato había llegado á ser objeto de horror para todos los hombres que conservaban aún alguna moderación. Nacido en Neufchatel, y habiéndose dedicado al estudio de las ciencias físicas y médicas, atacó atrevidamente los sistemas mejor establecidos, demostrando una actividad de espíritu, por decirlo así, convulsiva. Era médico del personal de las caballerizas del conde de Artois cuando comenzó la revolución; y sin vacilar un momento lanzóse en aquella nueva carrera, distinguiéndose muy pronto en su sección. Era hombre de mediana talla, cabeza voluminosa, facciones muy marcadas, color lívido y mirada ardiente. Muy desaseado en su persona, sólo hubiera parecido ridículo ó hediondo; pero de pronto salieron de boca de aquel hombre extraño máximas extravagantes y atroces, que proferidas con duro acento é insolente familiaridad, hubieron de llamar la atención. Decía que era preciso cortar miles de cabezas, y aniquilar á todos los aristócratas, que imposibilitaban la libertad. Marat atrajo sobre sí el horror y el desprecio de todos; empujábanle cuando le encontraban en la calle, le pisaban y hacían burla de su misera persona; pero acostumbrado á las luchas científicas y á escuchar los más extraños asertos, había aprendido á despreciar á los que le despreciaban, juzgándoles incapaces de comprenderle. Desde entonces

vertió en su diario la espantosa doctrina que profesaba; la vida subterránea á que se había acostumbrado, para escapar de la justicia, exaltó su temperamento, y los testimonios del horror con que se le miraba le excitaban más aún. Nuestras costumbres políticas no eran á sus ojos sino vicios que se oponían á la igualdad republicana; y en su iracundo odio contra todos los obstáculos, no veía más medio de salvación que el exterminio. Sus estudios y sus experimentos sobre el hombre físico debían haberle acostumbrado á dominar el dolor, y no hallándose contenida su ardiente imaginación por ningún instinto de sensibilidad, encaminábase directamente al objeto por una senda cubierta de sangre. La idea de proceder por la destrucción se había sistemáticamente poco á poco en su cabeza; quería un dictador, no para proporcionarle el goce de la omnipotencia, sino para imponerle la terrible misión de depurar á la sociedad. Este dictador debía tener una bala en los pies, para estar siempre bajo la mano del pueblo; era preciso no dejarle más que una facultad, la de indicar las víctimas é imponer por único castigo la muerte. Marat no conocía sino esta pena, porque en vez de castigar suprimía el obstáculo.

Viendo por todas partes aristócratas que conspiraban contra la libertad, recogía acá y allá todos los hechos conformes con su modo de ver y denunciaba furiosamente, con una ligereza nacida de su misma ira, todos los nombres que le citaban, y que á veces no existían siquiera. Es de advertir que todo esto lo hacía sin odio personal, sin temor, y hasta sin peligro para sí mismo, porque estaba fuera del círculo de las relaciones humanas, y porque entre él y sus semejantes no existían las del ofendido y del ofensor.

Habiéndose expedido contra él auto de prisión al mismo tiempo que contra Royón, el *Amigo del rey*, fué á ocultarse en casa de un abogado oscuro y miserable que consintió en darle asilo. Barbaroux fué llamado para tener una entrevista con él, y no pudo dispensarse de acceder á su demanda, por haber conocido en otro tiempo á Marat cuando se consagraba también al estudio de las ciencias físicas; pero al oírle hablar, creyó que su espíritu era presa de algún extravío. Según el terrible Marat, los franceses no pasaban de ser unos mezuquinos revolucionarios.

«Dadme doscientos napolitanos, decía, armados sólo de puñales y protegido el brazo izquierdo por un manguito á guisa de escudo, y con ellos recorreré la Francia y haré la revolución.» Marat quería que se señalara á los aristócratas, ordenándoles por un decreto de la Asamblea que se pusieran una cinta blanca en el brazo, y que se permitiese matarlos cuando se encontraran tres reunidos. Bajo el nombre de aristócratas comprendía á los realistas, á los fuldenses y á los girondinos; y cuando por casualidad se le hacía presente lo difícil que era reconocerlos, contestaba:—No es posible equivocarse; se debe acometer á los que tengan coches, criados y trajes de seda, y á los que salgan de los teatros: esos son seguramente aristócratas.

Barbaroux salió poseído de horror. Ofuscado Marat con su atroz sistema, cuidábase poco de los medios de ponerle en práctica; bien es verdad que era incapaz de prepararlos. Acariciando siempre sus sangrientas ilusiones, complaciale la idea de retirarse á Marsella, pues el

entusiasmo republicano de esta ciudad le hacía esperar que sería mejor acogido y comprendido. Deseoso, pues, de refugiarse en dicho punto, quería que Barbaroux le enviase con su recomendación; pero éste no quiso hacer semejante regalo á su ciudad natal, y alejose de aquel insensato cuya apoteosis estaba muy distante de prever entonces.

El sistemático y sanguinario Marat no era, pues, el jefe activo que hubiera podido reunir á las masas diseminadas que se agitaban confusamente. Robespierre habría sido más capaz, porque contaba en los jacobinos con una clientela de oyentes de ordinario más activa que la de electores; pero tampoco reunía todas las cualidades necesarias. Mediano abogado de Arrás, fué representante de esta ciudad en los Estados Generales, donde se relacionó con Petión y Buzot, sosteniendo rudamente las opiniones que éstos defendían con serena y profunda convicción. Al principio pareció ridículo por su pesadez en el decir y su pobre elocuencia, pero su tenacidad chocó un poco, sobre todo en la época de la revisión. Cuando después de las ocurrencias del Campo de Marte circuló el rumor de que se iba á formar causa á los firmantes de la petición de los jacobinos, su temor y su juventud interesaron á Buzot y á Roland, y se le ofreció un asilo; pero tranquilizóse muy pronto, y una vez disuelta la Asamblea, refugióse en los jacobinos, donde continuó sus discursos dogmáticos y ampulosos. Elegido para el cargo de fiscal público, rehusó la oferta, sin pensar más que en adquirir la doble reputación de patriota incorruptible y de orador elocuente.

Sus primeros amigos, Petión, Buzot, Brissot y Roland, le recibían en su casa, viendo con pena su orgullo, que se revelaba en sus miradas y en todos sus movimientos. Interesábanse por él y sentían que, pesando tanto en la causa pública, se ocupase demasiado de sí mismo. No obstante, tenía poca importancia aún para que se le cobrase rencor por su vanidad, y le dispensaban este defecto, teniendo en cuenta su celo y medianas disposiciones. Obsérvese en particular que, silencioso en toda reunión, donde rara vez daba su parecer, era al día siguiente el primero en emitir en la tribuna las ideas vertidas por los otros. Habiéndosele hecho esta observación, aunque sin censurarle, aborreció muy pronto aquella reunión de hombres superiores, como detestó antes la de los constituyentes, y entonces retiróse del todo á los jacobinos. Ya hemos visto que allí difirió de parecer con Brissot y Louvet respecto á la cuestión de la guerra, á quienes llamó malos ciudadanos, siendo probable que los creyese tales porque pensaban de distinto modo y sostenían su opinión con elocuencia. ¿Procedía de buena fe al sospechar en el acto de los que le habían resentido, ó los calumniaba con segunda intención? Estos son misterios de las almas; pero dotado de escaso y vulgar criterio, y de una extremada susceptibilidad, tenía mucha propensión á irritarse, y era difícil hacerle comprender. No sería imposible que el orgullo resentido se convirtiera en él en un odio de principios, y que creyese malos á todos los que le habían ofendido.

Como quiera que sea, en el círculo inferior en que se había situado excitó el entusiasmo por su dogmatismo y su reputación de incorruptibilidad. Fundaba así su popularidad en las ciegas pasiones y en las medianas in-

teligencias. El carácter austero y frío dogmatismo cautivan a los espíritus ardientes y hasta a las inteligencias superiores algunas veces. Había en efecto hombres dispuestos a suponer en Robespierre una verdadera energía, y un talento superior al suyo. Camilo Desmoulins le llamaba su Aristides, y le creía elocuente.

Otros hombres sin talento, pero subyugados por su pedantismo, iban repitiendo por todas partes que era el hombre que se debía poner a la cabeza de la revolución, y que sin este dictador no podría seguir adelante. En cuanto a Robespierre, permitiendo a sus partidarios todas estas suposiciones, no se dejaba ver nunca en los conciliábulos de los conjurados, y hasta se quejaba de que le comprometieran, porque en uno de ellos, que se celebraba en la misma casa donde él vivía, se reunieron a veces los individuos del comité revolucionario. Quedábase, pues, siempre atrás, dejando obrar a sus panegiristas, Panís, Sergent, Osselin y otros individuos de las secciones y de los consejos municipales.

Marat, que buscaba un dictador, quiso asegurarse de si Robespierre podía serlo; estos dos hombres ofrecían un singular contraste: el primero era desaseado y cínico; el segundo, muy reservado, cuidaba mucho de su persona. Encerrado en un elegante gabinete, donde estaba reproducida su imagen de todos modos, en pintura, en grabado y en escultura, entregábase a un asiduo trabajo, y leía sin cesar las obras de Rousseau para componer sus discursos. Marat le visitó y, según parece, no vió en él más que mezquinos rencores personales, nada de gran sistema, nada de esa audacia sanguinaria que obtenía él de su monstruosa convicción, y, en fin, nada de genio. Marat se retiró, pues, despreciando aquel *hombrecillo*, a quien declaró incapaz de salvar al Estado, persuadiéndose entonces más de que él solo poseía el gran sistema social.

Los partidarios de Robespierre rodearon a Barbaroux y quisieron conducirlo a su casa, diciéndole que se necesitaba un *hombre*, y que sólo aquél podría serlo. Este lenguaje desagradó a Barbaroux, cuyo orgullo no se doblegaba a la idea de la dictadura, y cuya ardiente imaginación se había dejado seducir por la virtud de Roland y el talento de sus amigos. Fué, sin embargo, a casa de Robespierre, donde se habló de Petión, cuya popularidad envidiaba aquél, por lo cual dijo que era incapaz de servir a la revolución. Barbaroux contestó con acritud a las censuras dirigidas contra Petión, defendiéndole con calor, porque admiraba su carácter. Robespierre habló de la revolución, repitiendo, según su costumbre, que había acelerado su marcha, y acabó por decir, lo mismo que los otros, que se necesitaba un hombre. Barbaroux repuso que no quería dictador ni rey. Frerón replicó que Brissot quería serlo; menudearon las contestaciones y no hubo medio de entenderse. Cuando terminó la entrevista, Panís, queriendo corregir el mal efecto que había producido, dijo a Barbaroux que no había interpretado bien el asunto; que sólo se trataba de una autoridad momentánea, y que Robespierre era el único hombre a quien se le podía confiar. Estas vanas polémicas, estas pequeñas rivalidades, son las que hicieron creer equivocadamente a los girondinos que Robespierre quería usurpar; una ardiente envidia se consideró en él como ambición; pero este era uno de esos errores que no descubre nunca la ciega mirada de los partidos. Robespie-

re, capaz cuando más de odiar el mérito, no tenía ni la fuerza ni el genio de la ambición, y ni él mismo se hubiera atrevido a concebir las pretensiones que en su favor proclamaban sus partidarios.

Dantón era más capaz que ningún otro para ser jefe que todos buscaban, y que debía regularizar los movimientos revolucionarios. Había hecho en otro tiempo sus primeras pruebas en el foro, sin conseguir distinguirse. Pobre y devorado por las pasiones, tomó parte en los disturbios políticos con singular ardimiento, y tal vez con esperanzas; era ignorante, pero estaba dotado de una inteligencia superior y de mucha imaginación. Sus formas atléticas, sus facciones achatadas, que tenían algo del tipo africano, su voz robusta y sus ideas extravagantes, aunque grandiosas, cautivaban al auditorio de los franciscanos y de las secciones. Su rostro expresaba sucesivamente las más vulgares pasiones, el contento y hasta la benevolencia. Dantón no aborrecía ni envidiaba a nadie, pero su audacia era extraordinaria, y en ciertos momentos de entusiasmo era capaz de ejecutar todo cuanto la atroz inteligencia de Marat pudiera concebir.

Una revolución cuyo imprevisto, aunque inevitable efecto, había sido sublevar a las clases inferiores de la sociedad contra las elevadas, debió despertar la envidia, producir nuevos sistemas y desencadenar pasiones brutales. Robespierre fué el envidioso, Marat el sistemático, y Dantón el hombre apasionado, violento, voluble, y tan pronto cruel como generoso. Si los dos primeros, ofuscado el uno por una envidia devoradora, y el otro por siniestros sistemas, no debieron experimentar esas necesidades que hacen a los hombres accesibles a la corrupción, el tercero, por el contrario, hombre de pasiones y ávido de gozar, debía ser, por consecuencia, todo menos incorruptible. Bajo el pretexto de indemnizarle por el desempeño de un antiguo cargo de abogado en el consejo, la corte le dió considerables sumas; pero sólo consiguió pagar sus servicios, no ganarle. Dantón no dejó por eso de continuar arengando y excitando contra ella a la multitud de los clubs; y cuando se le censuraba por no cumplir sus tratos, contestaba que para conservar el medio de servir a la corte debía tratarla como enemiga aparentemente.

Dantón era, pues, el más temible jefe de todos aquellos grupos que se pueden ganar y dirigir con la palabra; pero, aunque audaz y elocuente en el momento decisivo, no era a propósito para esos continuos cuidados que debe tener el que desea dominar; y aunque muy influyente sobre los conjurados, no los gobernaba todavía. Sólo era capaz de reanimarlos y conducirlos al objeto por un impulso decisivo en un momento de vacilación.

Los individuos de la junta revolucionaria no habían podido todavía entenderse, y la corte, noticiosa de sus menores movimientos, tomaba por su parte algunas medidas para resguardarse de un ataque repentino y dar tiempo a que llegasen las potencias coligadas. Con este objeto, había formado y establecido cerca de palacio un club llamado francés, que se componía de obreros y soldados de la guardia nacional, los cuales tenían sus armas ocultas en el local mismo de las sesiones y podían, en caso necesario, prestar auxilio a la familia real. Sólo esta reunión costaba a la lista civil diez mil francos dia-

rios. Además de esto, un marsellés llamado Lieutaud mantenía una cuadrilla que asistía a las tribunas y recorría las plazas públicas, los cafés y las tabernas para hablar en favor del rey y hacer frente a las continuas asonadas de los patriotas (1). Por todas partes, en efecto, se suscitaban disputas, concluyendo éstas generalmente por venir a las manos; pero a pesar de todos los esfuerzos de la corte, sus secuaces eran muy pocos, y la parte de guardia nacional que estaba a su favor se hallaba completamente desanimada.

Muchos fieles servidores, alejados hasta entonces de rey, se presentaban decididos a defenderle, ofreciéndole un antemural en sus cuerpos; reuníanse en palacio con frecuencia, y en bastante número, lo cual aumentaba la desconfianza pública, y desde la escena de febrero de 1791 se les llamaba *caballeros del puñal*; también se habían dado órdenes secretas para reunir la guardia constitucional, pues aunque licenciada, había continuado recibiendo sus pagas. Mientras tanto todos asediaban al rey con sus consejos, infundiendo en su alma, débil y naturalmente perpleja, las más angustiosas dudas. Algunos amigos prudentes, y entre ellos Malesherbes (2), le aconsejaban que abdicase; otros, que eran la mayor parte, querían que recurriese a la fuga; pero ni estaban de acuerdo en los medios, ni en el lugar, ni en el resultado de la evasión.

Para regularizar de algún modo estos planes dispuso el rey que Bertrand de Moleville se entendiese con el ex constituyente Duport, en quien tenía mucha confianza; viéndose obligado a dar al efecto orden terminante a Bertrand, que no quería tener ninguna relación con un constitucional como Duport. Eran también de esta reunión Lally-Tolendal, Malouet, Clermont-Tonnerre, Gouvernet y otros, afectos a Luis XVI; pero quienes, fuera de esta cuestión, opinaban de distinto modo respecto a la parte de prerrogativas que se reservaría el trono, caso de que se consiguiese salvarle.

Resolvióse por último la fuga del rey y su retirada al castillo de Gaillón en Normandía, en cuya provincia mandaba el duque de Liancourt, amigo de Luis XVI y persona de toda su confianza, que respondía de sus tropas y de los vecinos de Ruán, los cuales se habían pronunciado contra el 20 de junio en una enérgica exposición. Ofrecía el duque recibir a la familia real y conducirla a Gaillón, ó bien entregársela a Lafayette para que éste la trasladase al centro de su ejército; daba además todo cuanto poseía para llevar a cabo este proyecto, y sólo se reservaba cien luises de renta para sus hijos. Este plan convenía a los individuos constitucionales de la junta, porque en vez de poner al rey en manos de los emigrados, le confiaban al duque de Liancourt y a Lafayette; pero precisamente esto era lo que no agradaba a los demás y tal vez lo que disgustaba al rey y a la reina. El castillo de Gaillón tenía la gran ventaja de distar del mar sólo treinta y seis leguas, ofreciendo por la Normandía, provincia muy fiel, fuga fácil hacia Inglaterra; y además, como sólo distaba de París veinte leguas, podía el rey ir allí sin faltar a la ley constitucional, lo cual convenía con sus deseos, pues lo que ante todo procuraba era no ponerse en contravención manifiesta.

(1) Véase a Bertrand de Moleville, tomos VIII y IX.

(2) Véase a Bertrand de Moleville.

Mr. de Narbonne y la hija de Necker, Mme. de Stael, idearon también un plan de fuga; los emigrados propusieron el suyo, que era trasladar al rey a Compiègne, y de allí a las orillas del Rhin, por el bosque de las Ardenas. Todos quieren aconsejar a un rey débil, porque todos anhelan infundirle una voluntad de que carece; pero tantos y tan contrarios planes aumentaban la natural indecisión de Luis XVI, príncipe desdichado, que cercado de consejeros, convencido de las razones de unos, subyugado por las pasiones de otros, lleno de temor por la suerte de su familia y acosado por los escrúpulos de su conciencia, fluctuaba entre mil proyectos, y sentía próxima la oleada del pueblo, sin atreverse a contrarrestarla ni a eludirla.

Los diputados girondinos, que tan atrevidamente habían abordado el punto de la destitución, se hallaban indecisos, sin embargo, en víspera de una asonada; y aunque la corte se veía inerte y el pueblo omnipotente, la proximidad de los prusianos y el temor que infunde siempre, aun hallándose sin fuerzas, un poder antiguo, les persuadieron de que sería mejor transigir con la corte que arriesgarse al trance de una batalla. Temían también, aun en el caso mismo de que el resultado de la lucha les fuera favorable, que la llegada demasiado próxima de los extranjeros destruyese los resultados de su victoria sobre el palacio y pagasen con terribles venganzas su triunfo momentáneo; mas a pesar de esta intención de tratar con la corte, no entraron en negociación alguna, ni se atrevieron a tomar la iniciativa; pero hablaron con un tal Boze, pintor de cámara y amigo íntimo de Thierry, criado del rey. Horrorizado el pintor de los peligros que amenazaban a la causa pública, les obligó a que escribiesen en tal apuro lo que creyeran más conducente para salvar al rey y a la libertad. Redactaron, pues, una carta firmada por Guadet, Gensonné y Vergniaud, que empezaba con estas palabras: «Nos preguntáis, señor, cuál es nuestra opinión sobre el actual estado de la Francia...» cuyo exordio prueba que la explicación se había ya provocado. Decían además a Boze los tres diputados, que el rey no debía hacerse ilusión ninguna, pues se engañaría mucho si no creyese que su conducta era la causa de todo cuanto ocurría, incluso el furor de los clubs, de que incesantemente se quejaba; que serían inútiles y parecerían ridículas cuantas protestas siguiese haciendo por su parte; que en el estado en que se encontraban las cosas, lo que convenía eran resoluciones decisivas para tranquilizar al pueblo; que todo el mundo creía, por ejemplo, que el rey podía, a su voluntad, alejar los ejércitos extranjeros; que era preciso, pues, empezar por hacer esto; elegir después un ministerio patriota; deponer a Lafayette, que en el estado presente no podía ser de utilidad ninguna; promulgar una ley para la educación constitucional del joven delfín; someter la lista civil a una contabilidad pública, y declarar de un modo solemne que no quería que se aumentase su poder más de lo que espontáneamente consintiera la nación. Con estas condiciones, añadían los girondinos, era de esperar que la efervescencia cesaría, y que a fuerza de tiempo y constancia en este sistema, recobraría el rey la confianza que a la sazón había completamente perdido.

La verdad es que los girondinos estaban entonces muy cerca de conseguir su objeto, si es que en realidad

habían conspirado hasta aquel momento por que se plantease una república, y habían de paralizar repentinamente sus trabajos cuando iban á triunfar, sólo porque se diese el ministerio á tres de sus amigos! Esto no es posible; lo que sí es evidente que si se quiso república fué por desesperar á la monarquía; que jamás hubo verdadero plan para aquélla, y que á los que más se acusa porque muy de antemano la tenían preparada, no querían, en vísperas de conseguirla, sacrificar la causa pública al triunfo de este sistema, consintiendo mejor en tener una monarquía constitucional que les ofreciese garantías suficientes. Al pedir los girondinos que se alejasen las tropas, probaban demasiado que sólo atendían al riesgo presente, así como el cuidado que se tomaban por la educación del delfín, atestiguaba también que la monarquía no se ofrecía á sus ojos como un porvenir insoportable.

Se ha dicho que Brissot había hecho por su parte proposiciones para impedir la destitución, poniendo por condición la entrega de una gruesa suma: esta aserción es de Bertrand de Molleville, que fué siempre calumniador por dos razones, por maldad de corazón y por escasez de entendimiento; pero ninguna prueba cita, y en defensa de Brissot abogan su conocida pobreza y la constancia de sus opiniones. Pudiera haber acontecido, sin duda, que la corte hubiese dado dinero para Brissot; mas esto no prueba que él lo hubiera pedido ó recibido. El caso ya anteriormente citado de la venalidad de Petión, que varios estafadores habían asegurado á la corte, y otros muchos del mismo género, indican el grado de confianza que merecen estas acusaciones de venalidad, que con tanta frecuencia y facilidad se aventuran; además de que, sea lo que quiera lo que se haya dicho de Brissot, los tres diputados Gensonné, Guadet y Ver-

gniaud no merecieron acusación alguna, siendo así que fueron los únicos firmantes de la carta dirigida á Boze.

El rey tenía ya el corazón tan ulcerado, que estaba menos dispuesto que nunca á escuchar sus sabios consejos. Thierry le presentó la carta, pero rechazóla duramente, y dió sus dos contestaciones acostumbradas, es decir, que no era él, sino el ministerio patriota quien había provocado la guerra; y que en cuanto á la Constitución, la observaba fielmente, mientras que otros ponían todo su empeño en destruirla. Estas razones no eran muy justas, pues aunque no hubiese provocado él la guerra, no por eso estaba menos en el deber de sostenerla bien; y por lo que hace á su fidelidad escrupulosa en observar la ley, no era suficiente atenerse al texto, era necesario además no comprometer la cosa misma llamando al extranjero.

A la esperanza que tenían los girondinos de ver puestos en práctica sus consejos, deben atribuirse los miramientos que guardaron cuando se quiso suscitar en la Asamblea la cuestión del destronamiento, agitada todos los días en los clubs, en los grupos y en las peticiones. Cada vez que se presentaban en nombre de la comisión de los doce para hablar del peligro de la patria y del modo de precaverlo, se les decía: remontad á la causa del peligro; y las tribunas repetían: *¡á la causa!*

Vergniaud, Brissot y los girondinos contestaban que la comisión tenía la vista sobre la causa y que cuando fuera tiempo la descubrirían; pero que por el pronto era preciso no echar nueva levadura para encender más la discordia.

Sin embargo, todos los medios y los proyectos de transacciones debían frustrarse; y así es que la catástrofe prevista y temida ocurrió muy pronto, según veremos á continuación.

CAPÍTULO V

Llegada de los marseleses á París.—Banquete y sangrientas escenas en los Campos Elíseos.—Manifiesto del duque de Brunswick.—Las secciones de París piden la destitución del rey.—El rey rehusa huir.—La Asamblea rechaza la proposición de acusar á Lafayette.—Preparativos de la insurrección.—Medios de defensa en palacio.—Sublevación del 10 de agosto.—El pueblo de los arrabales se apodera de las Tullerías después de un sangriento combate.—El rey se retira á la Asamblea.—Suspensión del poder real.—Se convoca una Convención Nacional.

A consecuencia de una fiesta con que se obsequió á los confederados, el comité revolucionario resolvió que en la mañana del 26 de julio salieran éstos en tres columnas para dirigirse á palacio, llevando una bandera encarnada con la siguiente inscripción: *Los que hagan fuego contra las columnas del pueblo serán castigados en el acto con la muerte.* El objeto era apoderarse del rey para encerrarle en Vincennes. Habíase ganado á la guardia nacional de Versalles, que se ofreció á secundar el movimiento; pero se pasó el aviso tan tarde, y reinaba tan poco acuerdo con ella, que sus oficiales se presentaron aquella misma mañana en el corregimiento de París para preguntar qué debía hacerse. Por otra parte, se guardó tan mal el secreto, que toda la corte estaba ya advertida, la familia real en pie y el palacio lleno de gente.

Viendo Petión que se habían tomado mal las medidas, temeroso de una traición, y teniendo sobre todo en cuenta que aún no habían llegado los marseleses, dirigióse á toda prisa á los arrabales para contener un movimiento que perdería, sin duda, al partido popular si llegaba á frustrarse.

En los arrabales reinaba un tumulto espantoso; toda la noche se había estado tocando allí á rebato, y para excitar al pueblo, habíase propagado el rumor de que existía en palacio un depósito de armas, del cual convenía apoderarse. Petión consiguió á duras penas restablecer el orden; el guardasellos Champión de Cicé, que había ido también por otra parte, fué recibido á sablazos; pero al fin consintió el pueblo en retirarse, aplazando la sublevación.

Continuaron sin interrupción las polémicas y contestaciones que son de ordinario el prelude de un rompimiento definitivo. El rey había mandado cerrar el jardín de las Tullerías desde el 20 de junio; sólo estaba abierto el terrado de los fuldenses, que se comunicaba con el salón de la Asamblea, y varios centinelas tenían la consigna de no dejar pasar á nadie desde aquel terrado al jardín. Habiéndose encontrado allí á d'Espreménil, que dialogaba acaloradamente con un diputado, silbáronle y le persiguieron por el jardín, conduciéndole al palacio real, donde recibió varias heridas; y como se habían violado las consignas que prohibían la entrada en el jardín, se trató de evitar nuevas infracciones por medio de un decreto. Sin embargo, no llegó á expedirse, proponiéndose sólo poner un cartel con las siguientes palabras: *Se prohíbe pasar á territorio extranjero.*

Este cartel bastó para impedir al pueblo que pusiera allí los pies, aunque el rey había levantado la consigna, demostrándose así que ya no se le tenían miramientos. Habiéndose recibido una carta de Nancy, en la cual se daba cuenta de varios rasgos cívicos presenciados en dicha ciudad, la Asamblea se limitó á enviar en el acto una copia al rey.

El 30 llegaron por fin los marseleses: su número ascendía á quinientos y contábanse en sus filas los hombres más exaltados del Mediodía, así como los más turbulentos que mantenía el comercio en el puerto de Marsella. Barbaroux fué á recibirles á Charentón, y entonces se combinó un nuevo proyecto con Santerre. Bajo el pretexto de ir á recibir á los marseleses, queríase reunir al pueblo de los arrabales, dirigirse después en buen orden al Carrousel, y acampar sin tumulto hasta que la Asamblea hubiera suspendido al rey ó hubiese abdicado él espontáneamente. Este plan complacía á los filántropos del partido, que hubieran deseado terminar aquella revolución sin efusión de sangre; pero se frustró porque Santerre no pudo reunir la gente del arrabal, ni llevar consigo más que un reducido número de hombres para recibir á los marseleses. Santerre les ofreció después una comida, que se sirvió en los Campos Elíseos, precisamente en el mismo día y en el mismo momento en que los guardias nacionales del batallón de las Monjas de Santo Tomás y otros individuos, escritores ó militares, todos amigos de la corte, estaban comiendo cerca del sitio donde iba á celebrarse el banquete de los marseleses. Seguramente que esta comida no fué preparada con intención de molestar á los recién llegados, puesto que el ofrecimiento hecho á estos últimos fué imprevisto, y porque, en vez de un festín, se meditaba una insurrección. Sin embargo, era imposible que vecinos de opiniones tan opuestas terminasen pacíficamente su comida. El populacho insultó á los realistas que quisieron defenderse; los patriotas, llamados en auxilio de la multitud, acudieron á toda prisa, y al punto se empeñó la lucha. Esta no fué muy larga, pues los marseleses, cayendo sobre sus adversarios, les pusieron en fuga, matando á uno é hiriendo á varios. En un momento cundió la agitación por París: los confederados recorrían las calles y arrancaban las escarapelas de cinta, pretendiendo que debían ser de lana.

Algunos de los fugitivos llegaron ensangrentados á las Tullerías, donde fueron acogidos afectuosamente, tratándoseles con una solicitud muy natural, puesto que se